

Roger cruzó el acero dando un grito como de alegría.

Enrique proseguía inmóvil como si estuviese herido por el rayo.

No temía por la vida de Roger. Este duelo era para él una comedia increíble, bajo la cual se ocultaba un misterio cuya esplicacion no hallaba.

La imágen de Diana estaba siempre delante de su vista. A veces tan grande era aún la irresistible simpatía que le había arrastrado hácia Montalt, que despues de ese prólogo funesto, veía un desenlace feliz.

¿No era el corazón de ese hombre un abismo donde se confundían vicios y virtudes, dudas y creencias?

Ignoraba....

En el momento en que las dos espadas chocaban una con otra por primera vez, se dejó oír sobre la arena de la calle de árboles el ruido de un coche.

Roger precipitó su furioso ataque como si hubiera temido que le robasen su presa.

Carecía de la idea que ocupaba el corazón del jóven pintor. Había visto y creía. Desde entonces su única pasión eran los celos.

Con Roger como con Enrique no ponía el nabab la mayor atención en su juego. Hubiérase dicho que era un maestro de armas que engaña por divertirse á un discípulo torpe.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó el jóven Pon-

talés, que apareció en aquel momento con dos padrinos.

En el mismo instante se presentó por el lado opuesto Vicente, que acababa de abandonar su fiacre.

Enrique, Roger, Vicente y Pontalés se reconocieron con igual sorpresa.

Pero no era ocasión de dar esplicaciones.

El nabab se había tendido á fondo, y una mancha roja semejante á la que conservaba la camisa de Enrique, apareció en el pecho de Roger.

El nabab levantó otra vez su espada, cuya punta húmeda fué enjugada cuidadosamente en el foulard de las Indias de Nehemías Jones.

—No es nada, exclamó Roger en guardia.

El nabab sacó su reloj.

—Mi querido amigo, dijo, os había concedido un cuarto de hora á cada uno, y ha pasado la media hora.

Los nuevos asistentes formaban círculo en torno de los dos adversarios.

—¡En guardia! replicó Roger tirándose á fondo impetuosamente.

La espada de Montalt describió con la mayor rapidez un semicírculo, y Roger, desarmado por segunda vez como un niño, dejó caer los brazos.

—Os llegó la vez, Mr. de Pontalés, dijo friamente el nabab.

Pontalés cambió una mirada con sus dos testigos.

—Semejante duelo me parece contra toda regla, murmuró, y no sé si debo....

Mientras hablaba habia recogido la espada Vicente.

—Yo no conozco reglas, pronunció rudamente: ese hombre me ha dado aquí una cita; veo armas y eso basta.

—¡En buen hora! exclamó Montalt riendo; este es un verdadero caballero breton. Crin de leon y corazon de lobo.

—Este sabe tener una espada, respondió Vicente, y si no teneis la mano segura y la cabeza serena, no os batireis con él.

El nabab por toda respuesta tomó por tercera vez su guardia elegante, pero se vió obligado al instante á observar un juego mas cerrado y estar pronto á parar los golpes de Vicente, porque era un adversario temible.

El combate duró muchos minutos, al cabo de los cuales se dejó ver una mancha de sangre en el mismo sitio donde la tenian los otros dos jóvenes.

El foulard de la India hizo su papel, y Vicente con la cabeza baja se retiró junto á Enrique y Roger.

—Ahora vos, Mr. Pontalés, replicó el nabab.

Pontalés avanzó seguido de los dos padrinos.

Mientras se quitaba el gaban sin hacer nuevas objeciones, lo consideraba Montalt, adquiriendo su rostro una expresion de tristeza.

—Sois muy joven, dijo al fin, y tal vez seais un

hombre de corazon. Aun teneis tiempo de retiraros, Mr. de Pontalés; pero si quereis poner os ahí, delante de mí, os prevengo que no levantaré la espada hasta despues de haber atravesado vuestro pecho. Tal vez tenga mis razones para perdonar la vida á esos tres niños, y tal vez las tenga tambien para quitárosla á vos.

En las palabras del nabab no habia pedantería.

—Sois muy diestro, caballero, replicó Pontalés, pero se hará lo que se pueda.

Desde los primeros pases probó que tambien era muy esperto en la esgrima. Pero ante el pecho de Montalt habia como un muro de acero.

No era el mismo hombre. Habia cesado su continua indiferencia. Sus ojos brillaban con furor.

De pronto cesó de tirar y apoyó la punta de su espada en el suelo.

—¡Escuchad! murmuró de una manera que no pudiera ser oido mas que de Pontalés; se abrasa mi cabeza. Ayer os lo he dicho; teneis la misma cara de vuestro padre y voy á olvidar que nunca me habeis hecho daño.

—¡Ahl! exclamó Pontalés, arrastrado por el calor del combate; ya no veis, milor; si estais cansado, os daré descanso.

—Lo habeis querido, exclamó Montalt, cuyos ojos despidieron un rayo. No veo en vos mas que el hijo de vuestro padre y me vengo.

Las espadas se chocaron de nuevo. Pontalés cayó atravesado en el mismo sitio que los otros tres.

Pero esta vez el foulard de las Indias secó cuatro pulgadas de acero ensangrentado.

El nabab cruzó los brazos sobre el pecho.

Los padrinos de Pontalés se lo llevaron en brazos hacia el carruaje.

Enrique, Roger y Vicente se alejaban ya del sitio del cuádruple duelo cuando se dejó oír entre el bosque ruido de pasos.

No se había oído rodar carruaje alguno por la calle de árboles.

Los tres jóvenes dieron un grito de sorpresa.

—¡Padre mío! dijo Vicente.

—¡Mr. Juan! añadieron Enrique y Roger.

Montalt se estremeció ligeramente, pero sin que sus facciones descubrieran su emoción.

Únicamente se levantaron sus párpados como á pesar suyo y se deslizó hacia ellos su mirada, porque se decía:

—¡Su hijo! y éstos le conocen. ¿Quiénes son entonces Elena y Diana?

El anciano Juan de Penhoel acababa de entrar en la plazoleta. Llegaba precisamente á la hora aunque hubiese ido á pié desde la calle de Santa Margarita, donde había pasado la noche solo en el pobre desván abandonado por la Señora y René.

En su desnuda frente brillaba el sudor. Llevaba como siempre sus albarcas llenas de paja y su chaqueton de paño gris, sobre el cual brillaba aquella mañana la cruz de San Luis.

—Si me he retrasado, dijo adelantándose al cen-

tro de la plazuela, dispensadme; vengo de muy lejos y mis piernas no tienen la agilidad de cuando tenía quince años.

Al llegar al lugar del combate, reconoció á la vez á los tres jóvenes, que sus ojos, debilitados por la edad, no habían distinguido.

Estos hablaban bajo y parecían consultarse.

El tío Juan se adelantó hacia ellos tendiéndoles la mano sucesivamente.

—Buenos días, Vicente, hijo mío, dijo, ya me dirás ahora por qué has abandonado el servicio del rey, en que te puse. ¡Entre tanto, sé bien venido y ojalá seas mas feliz que nosotros!

¡Buenos días, Roger! buenos días, Enrique. Por el camino venía diciendo: ¡no hallaré en este París un amigo para que me sirva de padrino! Me engañaba, mitor, Montalt, añadió volviéndose hacia el nabab, como podeis ver, tengo testigos ya, y vos no tendreis que presentarme mas que una espada.

Decía todo esto con su voz dulce y suave, pero la espresion de su fisonomía no era la que antes le hemos visto. Erguía la cabeza; sus grandes ojos azules brillaban y su mirada tenía una hermosa arrogancia. Los tres jóvenes miraban con respeto y tristeza aquella noble frente de anciano con su corona de cabellos blancos como la nieve. Montalt le miraba tambien, pero á hurtadillas; volvía los ojos y aparentaba no mirar. Su rostro, en que no se mostraba fatiga alguna, pintaba un desprecio duro y frío.

No hablaba y parecía esperar.

El tío Juan fué á colocarse delante de él.

—Dad una espada á ese caballero, dijo Montalt dirigiéndose á su mayordomo.

El tío Juan se bajó para recoger el arma.

—¡Oh! ¡oh! dijo con sorpresa. En el suelo hay gotas de sangre. ¿Acaso no soy el primero?

Los tres jóvenes, que hasta entonces habian permanecido sombríos é indecisos, se lanzaron á la vez.

Vicente se interpuso entre el nabab y su padre.

—Milor, dijo, este duelo es imposible.

—Sois el quinto, Mr. Juan, murmuraba entre tanto Enrique. Primero yo, despues Roger, en seguida Vicente y luego Alain de Pontalés, á quien sus padrinos llevan moribundo. Aquí, en el mismo sitio, hemos sido vencidos todos.

Los ojos azules del tío Juan brillaron mas.

—¡Muy fuerte es! dijo cimbreado su arma.

—Es un demonio, replicó Roger; de nada sirven contra él la destreza y la sangre fria. Se podría decir que posee un talisman.

—¡Pardiez! ¡me alegro mucho de saber eso! exclamó el tío Juan, cuya fisonomía se animaba. Separaos, hijos míos. Tenemos buena causa y buen brazo. Dios es justo; ¡separaos!

Los dos jóvenes no se movieron.

—Ignoro si vuestra querella es semejante á la mia, prosiguió el anciano, separándolos con autoridad; dentro de un cuarto de hora podremos hablar de eso.

Entre él y su adversario no quedaba mas que Vicente, que hablaba al nabab con vivacidad.

Montalt volvía la cabeza sin responder.

—Sepárate, Vicente, prosiguió el anciano Penhoel; no te digo que te retires porque eres soldado é hijo de soldado; pero cuidado con tener debilidad. Estamos aquí por el honor de Penhoel.

Vicente dudaba aún; pero un gesto imperioso del anciano le hizo retroceder algunos pasos.

—Padre mio, murmuró, os suplico....

—¡Silencio! interrumpió el tío de las albarcas; ya ves que milor nos espera.

En efecto, Montalt consultaba su reloj.

—Hemos perdido cinco minutos, dijo.

—Vamos á ganarlos, exclamó el tío Juan, que se quitó las albarcas, poniendo sus piés desnudos sobre la arena.

Habíase quitado tambien el chaqueton, mostrando el chaleco gris.

Enrique, pálida la frente, decia á Roger:

—¿Recuerdas qué milor ha dicho que su terrible venganza caeria sobre el quinto? ¡Y es Juan de Penhoel!

Roger inclinó la frente sin contestar.

Ambos tenían los mismos deseos que Vicente, oponer obstáculos á ese desigual duelo; pero en aquel momento habia en la fisonomía del anciano Penhoel una resolucion tan grave y tan arrogante, que dominadas sus voluntades callaron.

El anciano ocupó el mismo sitio en que sus

cuatro compañeros precedentes habian combatido. Examinó cuidadosamente la guardia de la espada y el ángulo de la montura.

Despues hizo el saludo de armas segun el rigor de la escuela antigua.

Su elevada estatura se desarrollaba robusta.

Cuatro hombres fuertes y jóvenes habian pasado por allí, y sin embargo, se podia presentir que solo esta vez iba á encontrar Montalt un rival digno de sí.

Devolvió el saludo.

—¡A vos! dijo el tio Juan.

—¡A vos! repitió Montalt.

El desnudo pié del tio Juan hizo dos brascas llamadas, y su espada, maniobrando con una rapidez prodigiosa, buscó el flaco de la coraza que habia delante del pecho del nabab.

No era ocasion oportuna para chancearse. Veíase que Montalt hacia uso de todo su vigor, de toda su destreza, para parar los golpes precipitados que le tiraba el anciano.

Se vió obligado por tres veces á salirse de la línea.

Enrique, Vicente y Roger seguian el ataque con mirada ávida. No respiraban.

Nehemías Jones, manifestando en su rostro la mas absoluta tranquilidad, representaba dignamente la fiema británica en medio de esas emociones.

El combate seguia despues de cinco minutos por lo menos sin debilitarse; y qué largos son los mi-

nutos para los que ven á dos hombres con la espada en la mano! El tio Juan habia ganado terreno, pero se vió correr por su frente y mejillas inflamadas gruesas gotas de sudor, saliendo anhelante y penosa su respiracion.

El nabab, por el contrario, conservaba siempre la dureza fria y reposada de su fisonomía. Su respiracion era igual como en los primeros momentos; paraba con precision matemática sin atacar.

El tio Juan, que en vano habia tentado todas las estocadas, pasó bruscamente la espada á la mano izquierda, tendiéndose á fondo precipitadamente. Montalt paró al momento, despidiendo á un lado la punta de la espada, que ya tocaba casi á su pecho.

Despues se puso de un salto fuera de alcance.

—Mr. Juan de Penhoel, dijo friamente, este es el lado del corazon; cobrad aliento.

El anciano se detuvo; tenia el pecho agitado.

—Creia que no habria mas que un hombre en el mundo, dijo, que pudiera sostener un asalto como este.

Tras la rudeza que Montalt espresaba habia como una vaga sonrisa.

Y los que le hubieran podido observar desde el principio del combate, hubiesen descubierto bajo su careta de dureza implacable, una emocion oculta.

Pero si realmente existia esa emocion, la rechazaba con toda la energía de su fuerte naturaleza; habia en él un pensamiento de venganza, como ya

había dicho, y aquella venganza inesperada debía ser terrible.

Los tres jóvenes volvían hacia él sus miradas suplicantes.

No quería verlos.

Juan de Penhoel había clavado su espada en la tierra.

Sus ojos estaban fijos en el nabab, y una extraña incertidumbre parecía invadir su rostro.

—No sé si se pierde mi pobre cabeza, murmuró.... Vicente, tú, que tienes buenos ojos, mira.... pero eras muy niño cuando nos abandonó! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Estaré soñando?

Temblaba su voz; dió un paso.

El nabab aparentaba no entender.

—Dejadme miraros. ¡Hace ya mas de veinte años y tal vez me engañe! Miradme, caballero; ¿o me reconocéis?

—No, respondió Montalt.

El tío Juan se cubrió el rostro con las manos.

—¡No! replicó. ¡Oh! entonces es que me engaño, porque Luis de Penhoel no hubiera renegado del antiguo amigo de su padre.

La fisonomía de Montalt permaneció fría é impassible.

—Vamos, dijo duramente; ya debéis haber descansado.

El tío Juan encorvó la cabeza, volviendo á ocupar su puesto. Antes de coger la espada sacó su

pañuelo de grosera tela para enjugar sus ojos, que estaban inundados en lágrimas.

—Os pido un minuto mas, caballero, dijo, porque para defenderse de vos es preciso ver claro. Los ancianos son como los niños, lloran. ¡Oh! Dios hubiera debido quitarme esta esperanza engañosa. ¡Era mi hijo! Ignoro si amo á Vicente como le amaba á él!

Las cejas del nabab se arquearon mas. Un vivo carmin reemplazó por un momento la palidez de sus mejillas.

—Vamos, repitió con voz demudada.

El tío Juan tomó su arma.

—Tambien él, prosiguió, me amaba.

—¡Oh noble jóven! ¡Dios te proteja!

Púsose en guardia, pero ninguna espada chocó con la suya.

Los tres jóvenes habían lanzado un grito de estupor.

El combate mas terrible que Berry Montalt había sufrido aquella mañana era consigo mismo, ya lo había vencido su corazón.

Estaba delante del anciano con los brazos abiertos, y dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

—¡Mi anciano amigo! balbuceó; ¡padre mío!

Juan de Penhoel se dejó caer sobre su pecho y Montalt besó sus cabellos.